

DIOS ES REPUBLICANO

Algunas repúblicas se instauran cortando la cabeza de los reyes. Claro es que también hay testas coronadas que huyen con el cetro entre las piernas. Asustadas, olvidando incluso el pasaporte, se marchan una largas vacaciones al extranjero. Allí pasan – disculpen los cervantistas - “duelos y quebrantos” (sic) lamentables: empeñan joyas, viven en palacetes prestados, asisten a fiestas donde ellos no son los anfitriones, etc. Pero no dejan de soñar en un futuro que les devuelva a un pasado mejor. De vez en cuando, llenos de nostalgia, asoman la nariz por encima de la frontera como queriendo decir: “¡Eh!, ¿qué es de lo mío?”. Pero la “cosa pública”, sin darse por aludida, muestra su tonsura laica a la casa privada. Mas llega en un día cualquiera el día de la Restauración. Entrada triunfal, lágrimas de regocijo, vítores en las calles y plazas, besamanos de los embajadores. Las cosas vuelven a su estado normal. Después de la tormenta revolucionaria viene siempre la calma monárquica. Y, mecidos en esa calma, el pueblo vuelve a la modorra. ¡Cuesta tanto escoger un presidente! La monarquía hereditaria – de oca a oca y heredo el trono porque me toca – libra al ciudadano libre del fardo de la libertad. El albedrío humano – el único que existe – tiene esas ineludibles pejugueras: ¿carne o pescado?; ¿playa o montaña?; ¿rubias o morenas?; ¿tinto o cerveza?. En cierta manera, todos los hombres desean tener unos breves ratos de calvinismo en su vida. “*Que sea lo que Dios quiera*”, se dicen a sí mismos haciéndose grumetes obedientes al mando del patrón. Sin embargo, a veces el patrón del barco manda a pique al navío para que los náufragos se esfuercen en nadar hasta una isla. Ya está bien de que, ante cualquier estremecimiento de la tierra adormilada, el hombre levante un dedo acusador exigiendo su responsabilidad teológica por los millares de muertos. “*¿Dónde estaba Dios?*”, dice Voltaire como fiscal del ateísmo; “*¿Por qué los hombres no hacen caso a la naturaleza construyendo sus casas altas en lugares donde no deberían hacerlo?*”, contesta Rousseau haciéndose el abogado defensor del Altísimo. Y Dios calla, enmudece porque le deja al hombre la libertad civil de jugarse la vida. Dios es republicano por la gracia del hombre.

24 de junio de 2018
Pablo Galindo Arlés